

CANCION NUEVA

DE

ABELARDO Y ELOISA.

ELOISA.

¡Qué pavor, Paraclete, me inspiras,
al pisar tu clausura funesta!
Eloisa, tu tumba es aquesta,
ya espiraron tu gloria y tu amor;
Abelardo, Abelardo, á mis ayes
¿por qué diste tan fiera respuesta?
Eloisa infeliz, no le resta
mas que luto, tristeza y dolor.

Subo al coro á implorar del Eterno
el perdon de mi vida pasada,
y en vez de esto, mi lengua turbada
solo ruega, Abelardo, por tí.
Temeroso de horrendo castigo
huyo ¡oh Dios! de tu santo retiro;
mas... ¡ay triste! de quiera que miro,
Abelardo, tu sombra está allí.

Por la mano, Abelardo, en mi pecho
le verás de pasión palpitante;
alza el velo, y verás mi semblante,
triste espectro de tanto llorar.
A estas pruebas de amor y quebranto
ser sensible, Abelardo, debiste,
mas ¡ingrato! á tu bien preferiste
tu sosiego y tu tranquilidad.

Casta virgen, que este aulo santo
inocente habitas conmigo,
tú que has sido en mis penas testigo
y consuelo en mi triste sufrir,
de Eloisa el cruel sacrificio
haz presente á las almas sensibles,
y en tí llora los males terribles
de un amor que llegó al frenesí.

ABELARDO.

Eloisa, ya estoy penetrado,
sé muy bien que es tu amor verdadero,
juré serle siempre compañero...
oye pues mi discurso fatal.
Si estuviera como en otro tiempo
(en pensarlo solo me horroriza),
fiel te soy y seré, Eloisa,
hasta la muerte siempre leal.

Ya conozco mi funesto estado,
pero nunca jamás he podido
olvidarme que soy tu querido
hasta que deje ya de existir.
¿Quién ha visto á hombre impotente
unirse aun á su tierna amada!
y así mi suerte deseifrada,
no puedo mas tiempo resistir.

A ti soia, amada Eloisa,
ver espero en el lance postrero;
es constante mi amor, verdadero,
lealmente te quiero cumplir
aquel voto de unirme contigo,
recibiendo el último suspiro,
deseando lo que solo aspiro;
oye pues, que sin ti no es vivir.

Yo fallezco, adios, Eloisa,
haz que sea tu fin mas dichoso,
he logrado alcanzar el reposo,
luego acabo, te pido perdon.
Oye pues mis acentos postreros,
ya me hallo del todo agitado;
sirve á Dios, deja ya mi cuidado,
el alma á Dios y á ti el corazón.

VIDA Y AMORES DE ABELARDO Y ELOISA.

En Clison, allá en Bretaña,
nació dotado Abelardo
de un talento singular
y de un exterior gallardo.

Dedicándose á las ciencias
con incomparable ardor,
consiguió con sus estudios
cada vez lauro mayor.

Mas siendo su inclinacion
mayor, la filosofia,
marchóse á París, en donde
grandes maestros habia.

Logró una fama asombrosa,
diéronle un canonicato,
entronizóse su escuela
en el mundo literato.

Así pasaron cuatro años,
hasta que llegó á saber
que habia en París un ángel
en forma de una mujer.

Quiso hacer conocimiento
con ella, y como la halló
superior á los elogios,
de su beldad se prendó.

El canónigo Fulbert,
que era de Eloisa tío,
enterado de su ciencia,
en su casa le dió asilo.

Pasaron algunos años
en el colmo del placer,
cuando al cabo de este amor
apercibióse Fulbert.

Agríamente á su sobrina
con furor la reprendió,
y al amoroso Abelardo
de su casa al punto echó.

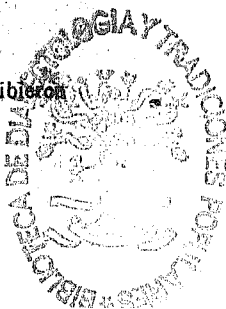
Junta Fulbert sus parientes,
de su agravio les habló,
y con ellos la venganza
mas infame concertó.

Cinco hombres convenidos
en casa de Abelardo entraron,
y la maldad mas horrenda
con prontitud consumaron...

Abelardo su vergüenza
fué á ocultar á un monasterio,
encerrando su existencia
al que llamó Paracletos.

Eloisa en un convento,
Abelardo en su abadía,
en vano al Cielo con ansia
treguas á su amor pedian.

Fué entonces que se escribieron
aquellas cartas sentidas,
por todas tan celebradas,
de todo el mundo leídas.



CANCION

DE

LA TRISTE CORINA,

lamentándose de la ingratitud de Oswaldo,
su falso y cruel amante.

En carroza triunfante sentada,
adornada de joyas preciosas,
obsequiada de muchas hermosas
se vió en Roma á esta jóven lucir;
mas ¡ay cielo! que amor cauteloso
por sus venas discurre inclemente,
vió á Oswaldo y le amó tiernamente,
y este amor la condujo á morir.

Coronada de laurel y mirto
á la gloria marchaba Corina,
y ostentando sus gracias, inclina
á las bellas su ejemplo seguir;
mas de Oswaldo una sola mirada
infundió en su alma tal tormento,
que mudando en tristeza el contento,
sintió luego un fatal porvenir.

Cuán brillante subió al Capitolio
por el pueblo romano aclamada,
lo logró, de la gloria cercada,
la corona de sábia ceñir;
pero en vano su pecho se agita
anhelando adquirir honores!
que trocados en fieros dolores
la harán pronto llorar y gemir.

Mas Corina, que nada recela,
busca en vano á su futuro esposo;
y entristece su pecho amoroso
no pudiéndolo al fin descubrir:
de dolor y pena desfallece,
queda sola, en llanto sumergida,
y en su ausencia no estima la vida
que á su amante propuso rendir.

¡Ay Oswaldo! el amor de Corina
era muy en extremo constante.

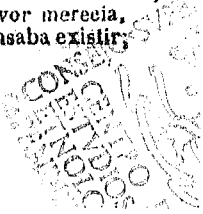
pues en tí contemplaba un amante
que pudiera hacerla feliz;
mas tú, ingrato, el apego á tu patria
preferiste á un amor sincero,
regresando á Inglaterra primero
que casarte en otro país.

Cuál Corina te amaba, bien sabes;
tus deseos su ley siempre fueron,
mas los tuyos, tal vez produjeron
este amargo y cruel porvenir:
¡la olvidaste! y en vano secreto
ocultaste á tu amor obsequiado;
su desgracia por fin has causado,
y la privas de un dulce existir.

Llegó un día en que el sol eclipsado
entre nubes ocultó su luz,
y postrada al pié de una cruz,
exclamó con sentido decir:
—«¿Por qué aterra morir al humano
si la vida ve pálida y fría?
el vivir es amarga agonía;
sin embargo, se ¡anhela vivir!

Yo, Corina, jóven infelice,
dí entrada en mi pecho inocente
al veneno de un amor ardiente
para luego por siempre sufrir:
¡oh vosotras jóvenes incautas,
que de amor la violencia ignorais!
si mi triste canción escuchais,
de sus redes crueles huid.

Habitaba tranquila en Italia,
y en un tiempo que ausente vivía,
de un Apolo el favor merecía,
y en mi patria pensaba existir;



mas ¡oh musa, qué estrella funesta
me condujo á la senda amorosa,
do una voz resonó dolorosa:
ay Corina, tú vas á gemir!

En la flor de mis años sentía
por mis venas un fuego vagar,
que imprevisto lo vino á excitar
un tirano de quien me creí:
obcecada con falsas promesas
que su pecho traídor me dictaba
en su lazo, sagaz, me enredaba,
cuando aleve se ausentó de mí.

Genio horrible me acosa incesante,
que luchando con mi bárbara suerte,
la sonrisa se ve de la muerte:
á mi cárdeno labio acudir:
en las alas del austro llevada,
sobre tumbas y escombros me mece,
y la copa fatal que me ofrece
á apurarla me insta el frenesí.

De inquietudes llenaron mi alma
con delicias dulce poesía,
en tan pura y completa alegría
que alcanzaba mi seno rendir:
tantos bienes perdí en un momento,
y mi amor, por mi mal, sacrificio,
y á ingrato mi pecho dedico,
no pudiendo mi fuego extinguir.

Victimas de un amor infelice,
atendé á mi acento postrero,
si á la faz de una muerte que espero
mis lamentos quereis aun oír;
desechad esa copa engañosa
que á Corina perdió de repente,
cuando en Roma, ceñida su frente,
sus talentos se vieron lucir.

Dime, impio, ¿en qué te he ofendido?
dime, falso, ¿en qué te he agraviado?
dime, Oswaldo, mi bien adorado,
si Corina te pudo afligir;
mas no, cielos! yo soy inocente;
bien lo sabes que constante he sido,

y que fiel en mi pecho ha ardido
una flama que no sé extinguir.

Vive, ingrato, con tu esposa tierna,
pues Corina es preciso que muera
inmolada en tu pecho de fiera,
¡ay Oswaldo! espirando por tí:
cauteloso a tu amante engañaste
del amor el veneno bebiendo,
sin remedio mi mal advirtiéndolo
te burlaste, inconstante, de mí.

Dime, Oswaldo, ¿por qué receloso,
el carácter romano temisies?
¿cuántas veces á un tiempo advertiste
que inglesa é italiana fuí!
Un pensar preocupado ha podido
de tu anillo los pactos romper,
y á Lucila tu mano ofrecer,
aumentando la tristeza en mí.

En tí, Oswaldo, cifraba mi gloria
aspirando tan solo á tu mano,
cuando elogios del pueblo romano
mis oídos vinieron á herir;
mis ternezas mostraban cayído
y la grande pasión que notaste,
mas tú, ingrato y cruel, me olvidaste,
y has venido á verme morir.

Mira el sol que entre nubes sombrías
oscurece su rostro dorado,
y se muestra aun eclipsado
por no verme penando morir:
la pasión que mi dicha robando
boy aumenta mi agudo dolor,
traspasado del dardo de amor
ya mi pecho lo siente latir.

Mi sepulcro mira con respeto,
y á lo menos mi lápida fría
oiga, Oswaldo, de tu boca un día:
«Aquí yace la mas infeliz.»
y tú, conde, mi mas fiel amigo,
adios, que morir ya me siento,
una sombra oprime mi aliento
y me cubre de un negro tapiz.»

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando. Arenal, 11.

